

RESPALDO A LAS HUMANIDADES*

ERIC WEIL

Quien esto escribe debe empezar por admitir que está convencido del valor que tienen las humanidades (para ser más preciso, la historia y la filosofía). Más aún, está convencido de que sólo las humanidades son capaces de manejar el problema del valor de las ocupaciones humanas -incluyendo a las ciencias exactas-, pues las ciencias no son capaces de reflexionar sobre los problemas que se refieren al hombre, considerado como un sujeto actuante, pensante y sensible, y no como un objeto de análisis causal, factorial o analítico. El autor de esto también sabe bien que su lucha es contra una poderosa falange representada por la posición opuesta, y contra su Goliat, el anciano Thorstein Veblen, quien en su casi inaguantable manera repetitiva, demostró denodadamente que no existe un lugar legítimo para el aprendizaje tradicional en la sociedad moderna: las humanidades, dijo, “son desde el punto de vista de la eficiencia económica, en su sentido más amplio, estériles anacronismos” y las lenguas clásicas son “información substancialmente inútil”.¹ Esta contienda es realmente formidable, puesto que las sociedades occidentales e incluso las orientales, en tanto son consideradas como “modernas”, han adoptado el punto de vista de Veblen y eliminado todos los ideales “antropomórficos”, “sacerdotales” y de la “clase ociosa”; han puesto un estigma a conceptos de status y “envidiosa comparación”, y han rechazado todo lo no-productivo y lo “no-bien acabado”. Lo que Veblen designó como el estudio de las relaciones causales en la naturaleza y la sociedad, se ha vuelto, por lo que parece, el interés central en nuestro mundo.

Eso parece, aunque quizá empieza a haber un cambio perceptible precisamente en el lugar donde el veblenismo ejerció primeramente una fuerte influencia -en los Estados Unidos. Una buena parte de la inquietud estudiantil que se manifiesta en todas las instituciones de enseñanza superior, tuvo su origen y halló expresión en los dominios que podemos llamar humanísticos. Detrás de la inquietud, sin embargo, el cuestionamiento no era tanto en lo que se refiere a métodos y hechos, como en cuanto a fines y significados. Lo curioso es que desde el punto de vista de Veblen, todo esto ha sucedido en instituciones que podrían criticarse por muchas cosas, pero ciertamente no por su falta de interés en las ciencias “sociales”, ya sean éstas naturales o sociales. Además, muchas de estas instituciones no podrían ser consideradas, en absoluto, como el coto privado de los vástagos de la clase ociosa, puesto que estaban llenas de hijos de los grupos modernos e industriales. No sé hasta qué grado esté cambiando la perspectiva de los estudiantes norteamericanos (hay intereses materiales muy legítimos que intervienen en la elección que hacen los jóvenes de sus futuras carreras), pero lo cierto es que hay un nuevo interés en la filosofía humanística “no-científica”, la cual está ganando ímpetu entre los profesores e investigadores más jóvenes, y que los problemas y los temas anteriormente considerados tabú entre la gente respetable en las universidades, están haciendo su aparición en revistas “serias”. Algunas veces, incluso se tiene la noción de que el público general no está siempre seguro de que el ideal de Veblen por lo bien acabado y la producción por la producción misma, sean suficientes.

La situación no es la misma en Europa, probablemente porque el movimiento hacia la eliminación de lo “inútil” empezó más tarde en esta parte del mundo y tiene así, por una parte, una mayor expectativa de vida, mientras que por la otra, debe competir con una tradición que todavía sobrevive. Esto sin mencionar las deficiencias en la enseñanza técnica, las cuales a veces son defendidas con argumentos pseudohumanitarios o pseudohumanísticos. No sería demasiado temerario aseverar que las diferentes reformas al sistema universitario francés son simples ajustes que apuntan hacia la transformación de las universidades en escuelas superiores técnicas.

* Artículo publicado originalmente en *Daedalus*, revista de la American Academy of Arts and Sciences. Boston, Mass.: Vol. 102, núm. 2, Primavera de 1973, dedicado a *The Search of Knowledge*. Se publica previo permiso de la citada revista. Trad. de Francisco González Ortíz.

¹ THORSTEIN VEBLEN, *The Theory of the Leisure Class* (New York: New American Library, 1963), pp. 254 y siguientes. *Teoría de la clase ociosa* (Trad. de Vicente Herrero). México: Fondo de Cultura Económica (Col. Popular), la. ed., 1944; últ. reimpr. 1974.

Nadie quiere deshacerse de las humanidades; sin duda, tal respeto se lo debemos a nuestro glorioso pasado. Pero ¿qué utilización podemos hacer de tanta gente educada en historia, filosofía, estudios clásicos y literatura? Algunos de ellos son necesarios en nuestras escuelas secundarias, aunque cada vez menos, puesto que tales materias juegan un papel también cada vez menos importante en aquellas escuelas. La tarea de estas personas debería ser (y probablemente lo será) instruir a los jóvenes útiles y capaces, para que sirvan a una comunidad entregada a la producción y al consumo -un consumo que, a propósito, le hubiera parecido a Veblen puramente ostentoso.

Incluso en Francia, algunos jóvenes (y otros no tan jóvenes) han empezado a dudar sobre el valor de esta concepción; pero aquí de nuevo, sus problemas y sus confusiones, frecuentemente reacciones simplemente necias, son incluidos bajo el encabezado de las humanidades y no bajo el de las ciencias. Aunque estos activistas marginales (¿o vanguardistas?) no aceptarían necesariamente la sugerencia de que en realidad ellos están buscando una comprensión histórica o filosófica, en cualquier sentido académico que quiera entenderse esto, tendrían, sin embargo, que buscar las respuestas en estos dominios si es que tales respuestas no han de ser arbitrarias, violentamente destructivas y absolutamente no convincentes a los ojos de las mayorías (y las minorías) que toman las decisiones. Las acciones de estos jóvenes son a menudo simplemente inadmisibles, pero la reacción que conduce a estas manifestaciones es muy comprensible: una vida confortable, pero sin sentido, es una vida vacía.

La conjetura es que la educación de ningún modo puede ser reemplazada por la instrucción; ésta por sí misma no forma seres humanos capaces de darle un sentido a su existencia, excepto si el sentido es una ciega adhesión a las charlatanerías morales y políticas; una especie de profecía cuyos seguidores integran ya una legión; su éxito nace casi siempre de la apelación a tradiciones que, aunque semidecaídas y semiolvidadas, continúan siendo transmitidas, pese a que nunca son formuladas explícitamente y sólo se enuncian a través de reglas morales o estéticas de actitudes, de imágenes y de modelos ejemplares.

II

Tal vez sería conveniente estudiar el lugar que el ocio tiene en nuestra sociedad, de una manera que el mismo Veblen hubiera considerado “científica”. La parte de nuestra vida que dedicamos a la producción ha disminuido rápidamente y continúa disminuyendo; nadie entra al proceso de producción a los doce o trece años; las horas de trabajo y los días laborables han sido reducidos y el proceso continúa en la misma dirección; actualmente los trabajadores y los empleados franceses tienen cuatro semanas de vacaciones, y la edad de jubilación ha seguido reduciéndose. Basta con comparar estos números con los obtenidos en la época de Veblen para constatar que el ocio se ha vuelto uno de los productos más importantes de la civilización industrial. No sería muy arriesgado decir que nos estamos acercando a tiempos en los que habrá muy pocos empleos útiles. Nuestros líderes políticos nos hablan cada vez con más frecuencia de la necesidad de crear nuevos trabajos o de ampliar los existentes por medio de una reducción de las horas de trabajo, entradas más tarde y jubilación temprana. En otro tiempo, siguiendo el pensamiento de Veblen, había una clase social ociosa; ahora parece que estamos desarrollando una civilización de ocio general.

Aun de acuerdo a los principios veblenianos, en una sociedad que inevitablemente produce ocio, siempre hay lugar para actividades no bien definidas, especialmente para las de las humanidades. Y dentro de un espíritu no vebleniano, debería añadirse que estas actividades no son necesariamente sólo juegos y deportes. No estaría nada mal que los ciudadanos tomaran sus decisiones no porque éste o aquél candidato parece agradable, sino porque entienden, si no todos los problemas técnicos, sí cuando menos los temas centrales y porque son capaces de eliminar la confusa “charla de ventas”; no estaría mal que hombres y mujeres suspendieran las charlatanerías y chifladuras, sino que eligieran entre los ideales que podrían ser, si no completamente realizados, cuando menos atacados; no estaría mal que pudieran distinguir y separar factores históricos de explicaciones míticas: no estaría mal que los que están en el timón estudiaran lo que en el pasado ha llevado al éxito o al fracaso (o significado la pérdida de los actores); no estaría mal que los juicios morales e incluso estéticos no fueran confundidos con preferencias individuales y gustos personales y que los pensadores y los artistas no fueran amontonados con verdaderos locos y auténticos especuladores que se apoyan en la ignorancia del público y en su miedo de perder el último autobús.

Pero esta necesidad objetiva de pensamiento (pleonásticamente pensamiento humanístico) ¿corresponde a una demanda?, ¿pide la gente que va a los mercados o a las universidades más pensamiento, o se ha cerrado ya el círculo vicioso?, ¿han heredado estos estudios, alguna vez considerados como “nobles” (por lo inútiles), el mal nombre atribuido alguna vez a las ciencias, y se sospecha ahora de las humanidades porque han permanecido inútiles en función de la producción? Y si es verdad que las humanidades son sin embargo útiles y necesarias en la búsqueda de una vida plena de significado y, por consecuencia, satisfactoria y no violenta, ¿qué es exactamente lo que éstas pueden hacer?, ¿qué deberían hacer?, ¿qué están haciendo?

III

Será necesario considerar primero los hechos, es decir, la manera en la que actualmente se persiguen la enseñanza y la investigación de las humanidades. Sin duda alguna, las humanidades no desaparecerán de nuestros currícula, pero las razones que dan nuestras universidades para mantener a éstas en su seno, tienen a menudo un efecto dudoso sobre los estudios mismos. Las mantenemos porque forman parte de lo que llamamos nuestra herencia cultural; al mismo tiempo consideramos que es necesario que nosotros mismos y nuestros alumnos seamos capaces de entender nuestra situación histórica para que podamos orientarnos y ayudar a nuestros estudiantes a que se orienten. De este modo, estamos siempre tentados a limitar nuestro campo a nuestra herencia cultural nacional -nuestra literatura nacional, la historia de nuestra nación, el desarrollo de nuestra particular manera de pensar y nuestra filosofía nacional. La mayoría de los historiadores (hay grandes e incluso admirables excepciones) llevan a cabo su trabajo dentro de un marco un tanto estrecho. La historia francesa, inglesa o norteamericana, está siendo escrita y, sobre todo, enseñada como si sólo existieran realmente líneas puramente nacionales de desarrollo y toda influencia foránea fuera sólo una perturbación en lugar de una parte esencial de una única historia en la que todos los hilos contribuyen a formar la red de un único mundo histórico. Si se trata solamente de un problema de enseñanza, tal currículum puede ser justificado hasta cierto punto; pero la investigación siempre será el origen de toda educación que aspire a hacer que la gente aprenda algo más que hechos muertos, y a que lo haga de una manera no mecánica, y aquí la respuesta será distinta.

Los ejemplos no son necesarios, basta con que cada uno de nosotros adquiera conocimiento de esta situación en su propio dominio. Pero hay más. Debemos añadir que como otra consecuencia de nuestro arreglo organizativo, los diferentes capítulos de las humanidades no configuran un libro. Todo mundo tiene miedo de sacar la cabeza y consecuentemente vive en el aire que encuentra bajo su caparazón. La gente hace historia de la filosofía y filosofía de la historia sin considerar en realidad a la historia. Además, el origen de las ideas es buscado sin que exista ninguna relación con las condiciones que, aunque no producen tales ideas (las condiciones nunca producen ideas), crearon la atmósfera receptiva indispensable para que fueran oídas y sobrevivieran. Posiblemente se objetará que es un sueño intentar enseñar una historia sin lagunas, puesto que ningún maestro estaría calificado para enseñarla y ningún estudiante sería lo suficientemente capaz, intelectualmente, para recibirla. Pero tal crítica parte principalmente de un malentendido, que escrutamos aquí, sobre la educación. La educación no es un problema de rellenar, sino de descubrir y mostrar tendencias y problemas, y de orientar; el hombre culto no es aquel que puede citar el contenido de una enciclopedia, sino el que sabe qué buscar y dónde encontrar esto. Si la investigación y la enseñanza no son concebidas en este espíritu, obtenemos el bien conocido resultado del aburrimiento y el disgusto.

IV

Las instituciones de investigación y de educación superior son esencialmente conservadoras. Sin embargo, no está en su naturaleza el osificarse y oponerse al cambio, sino que más bien son conservadoras en el sentido que lo es un hombre que quiere preservar lo que a sus ojos es valioso y quien, por esa razón, está preparado a aceptar e introducir lo que se requiere para evitar una destrucción violenta o la muerte de lo que él defiende.

Tanto en las ciencias como en las humanidades, deben ser reconciliadas la transmisión y la renovación. Pero las ciencias han constituido teorías que, al menos en principio, son consistentes y coherentes. Idealmente hablando, siempre hay un consenso, una comunidad reconocida por los participantes que, aunque fuertemente

subdividida, está calificada para pronunciarse no sólo sobre los resultados, sino también sobre el interés de los proyectos de investigación. Esta solidaridad (ideal) les permite indicar cuáles son los problemas no resueltos que merecen ser atacados y certificar el interés y el valor de perspectivas nuevas. Existen excepciones, como por ejemplo los revolucionarios conceptos matemáticos de Galois, sobre los cuales sólo se ha actuado mucho tiempo después de la muerte del matemático francés. Y ciertamente no tenemos ninguna certidumbre de que otros casos similares serán colocados en nuestra puerta por futuros teóricos científicos. No obstante, las excepciones siguen siendo excepciones y un exagerado miedo de futuros reproches no nos debería llevar a aceptar lo que según nuestro leal saber y entender, sólo podemos considerar como testarudo, incompetente y sin interés científico. La acumulación de revaluaciones y revoluciones le da significado al concepto de progreso en las ciencias (y en la tecnología, la cual se basa en la ciencia y contribuye frecuentemente al desarrollo de la teoría “pura”, es decir no inmediatamente aplicable).

La situación de las humanidades es a un tiempo exactamente la misma y básicamente distinta. Es la misma en tanto que la erudición -el descubrimiento de hechos y el análisis metódico de las relaciones factuales- es el objeto. Espero haber puesto en claro que las humanidades tienen que ver con mucho más que con la mera erudición. Pero esto no quiere decir que la erudición sea superflua o destructiva del espíritu de las humanidades, si bien es cierto que la erudición, si no es más que eso, es árida y hace árida la mente, si es que desde el principio había en realidad una mente y no sólo una inteligencia técnica. Pero la comprensión y el esfuerzo necesarios para descubrir un significado no pueden avanzar sin tener acceso a los documentos, a lo que los autores han escrito realmente, en oposición a las copias y la publicación descuidada de su trabajo. Nuestros resultados serían inciertos si tuviéramos que confiarnos, puesto que nadie habla todos los lenguajes, a traducciones negligentes; si no tuviéramos acceso a los textos que sobreviven en manuscritos o publicaciones extremadamente difíciles de conseguir, manuscritos y publicaciones que no siempre son fáciles de leer y que deben ser transcritas para que sean útiles para los interesados, quienes no son todos necesariamente paleógrafos o epigrafistas. La erudición es un requisito indispensable en este proceso, pero pese a que el yerro es extremadamente popular, sigue siendo un error repudiar las condiciones necesarias bajo el pretexto de que éstas no son las suficientes. De esto se sigue que hay acumulación, revisión y progreso en las humanidades, así como en las ciencias, pero el enriquecimiento de las humanidades es de un tipo distinto puesto que la investigación no produce ideas (aunque inconscientemente dependa de ellas; nadie publicaría un texto que no considerara, al menos potencialmente, interesante en relación a una idea). La investigación humanista es la acumulación de herramientas para un trabajo de otro orden que el suyo propio.

En esto yace una parte de la tarea de las instituciones y las personas que deciden el modo en que los fondos de los que disponen deberán ser utilizados, y para qué proyectos concretos serán empleados o reunidos tales fondos. Pero el triste hecho es que el consenso que existe en las ciencias parece, hasta cierto punto, difícil de ser descubierto o establecido en las humanidades. La ausencia de tal acuerdo (más o menos) tácito, no facilita el decidir qué línea de investigación debería fomentarse y cuál abandonarse. Además, hay otra dificultad adicional que resulta del hecho de que las humanidades no tienen ninguna relación con la tecnología de la producción. Un químico investigador que se da cuenta que es incapaz de descubrir algo de interés, se pondrá a trabajar en la industria, para lo cual es probable que esté altamente calificado, pero un joven que haya optado por las humanidades, debido a que tiene pocas probabilidades de entrar en la academia, se ve generalmente forzado a perseverar en su trabajo aunque haya podido llegar a odiarlo (rencor que con frecuencia recae sobre los estudiantes). Más grave aún: las humanidades no reciben el incentivo que tienen, por ejemplo, los campos de la fisiología aplicada o aplicable, o el de la ecología, los cuales reciben un poco de público por parte de quienes las emplean directamente y un extenso público que constantemente indica tendencias generales y deseos comunes. Y no sólo eso las instituciones académicas que debido a estas razones son el hogar de las humanidades, y prácticamente el único hogar del estudiante de humanidades, no son necesariamente favorables a grandes perspectivas, particularmente ahí donde la colaboración sería deseable entre especialistas y departamentos que tradicionalmente guardan ciertas distancias entre sí. Muchas tesis interesantes han dejado de ser escritas porque resultaba demasiado difícil decidir quién debía supervisarla (sería muy útil admitir que un trabajo podría ser llevado a cabo bajo los auspicios de distintos especialistas, la cual, naturalmente, sólo sería posible si tales especialistas estuvieran preparados para discutir la materia entre ellos mismos). Esta departamentalización produce negligencia en líneas enteras de investigación que no

pertenecen a un dominio bien definido o que no tienen una importancia evidente dentro de sus límites. Finalmente la gran mayoría de los estudiantes no están interesados en la investigación; normal y legítimamente buscan primero información acerca de las cosas que no aprendieron en la escuela secundaria (o preparatoria), y los profesores se ven compelidos a satisfacer primero estas necesidades. Como consecuencia los directores de departamentos se concentrarán en los planes pedagógicos y las medidas de reclutamiento y no en problemas relacionados con la investigación y el progreso científico, sino en los deseos, las actitudes y las esperanzas de una opinión pública a cuyos ojos las humanidades siguen siendo sólo un ornamento y no algo digno de tomarse en serio. Este público se suscribe a un tipo de *veblenismo* un poco liberal en donde los signos de cambio que hemos mencionado sólo revelan nuevas tendencias, y no un poder nuevo y una presión que clama por una mejor distribución.

V

En estas condiciones, parece claro que la asignación de créditos y de personal dedicado al progreso científico en las humanidades deberá venir de autoridades que no están comprometidas en defender los intereses esencialmente pedagógicos y departamentalizados de la enseñanza humanística. El punto a discutir es que la universidad es sólo una colección de departamentos y que los consejos de investigación como el Centre National de la Recherche Scientifique en Francia o las grandes fundaciones norteamericanas de investigación, tienen necesidad de consejeros. (Estos centros también pueden estar bajo la influencia de autoridades políticas, las cuales, como sucede en Francia, reconocen con todo respeto la autonomía de la enseñanza y la investigación, pero sin embargo deciden y determinan la parte del presupuesto total que -veblenísticamente- será asignado a las investigaciones interesantes; el presupuesto sobrante, si lo hay, será entonces dedicado a las humanidades.) Tales consejeros pueden ser encontrados sobre todo, para no decir exclusivamente, en las universidades, lo que trae como consecuencia que la lucha interdepartamental continúa en los consejos de investigación, sólo que en un nivel más alto -en donde cada grupo pelea por obtener un máximo de influencias. De este modo, no existe una planeación global y sólo son considerados los proyectos de ciertos campos particulares, después de lo cual las autoridades financieras reducen aún más el presupuesto. En estas circunstancias, cualquier trabajo interesante que tenga una perspectiva más amplia, ni siquiera es considerado y menos aun iniciado. Nos movemos en círculo: las únicas personas que podrían cambiar la situación, no pueden hacerlo porque dependen de gente que, por lo general, no tiene perspectivas generales y ni siquiera se interesa por escuchar tales cosas.

Sería bueno citar algunos casos: la Filosofía del Derecho de Hegel, por ejemplo, es uno de los libros que más han influido en la historia del pensamiento y la acción política. Sólo a través de este libro se vuelven comprensibles Marx y Von Sthal, padre del Conservatismo Alemán (aunque ambos autores critican el libro de Hegel). Ahora bien, existen razones muy fehacientes para creer que Hegel escribió este libro en 1819-1820, con la intención de influir en las discusiones sobre la futura constitución de Prusia, discusiones que a la postre mantenía una Comisión Real. Tales discusiones no son inaccesibles, ni tampoco lo es el texto de Hegel, y sería de un valor incalculable saber exactamente cuáles eran las intenciones políticas de la enseñanza de Hegel para su propio tiempo y para el futuro. Pero los filósofos dicen que este trabajo debería ser hecho por un historiador, y los historiadores piensan que es tarea del filósofo y ambos declaran con decorosa modestia que tal asunto sobrepasa su alcance.

También podríamos tomar el ejemplo del Neostoicismo. Quien esto escribe está convencido de que esta escuela de pensamiento desempeñó una parte muy importante, incluso central, durante los siglos XVI y XVII y una nada despreciable en el XVIII. Descartes, Spinoza, Calvin (quien empezó su carrera con un comentario sobre los escritos de Séneca) -la línea podría ir hasta Montaigne por un lado y hasta Kant por el otro-, no pueden ser realmente interpretados si se desconoce esta tradición; por ello, y debido a que nosotros no estudiamos lo que cualquier hombre culto de aquellos tiempos tenía siempre presente, acreditamos a tales autores una originalidad que ellos mismos no hubieran admitido. Pero aquí, otra vez, los filósofos dirán que tal investigación es asunto de quienes están interesados en la literatura neolatina (y no hay muchos de éstos, pues tal materia ciertamente no forma parte del currículum habitual), y los latinistas se rehusarán a ello porque no quieren verse inmiscuidos con filosofía, teología o literatura. A nadie parece preocuparle este punto

en blanco de nuestro mapa intelectual. Y si ninguna de las actuales casas impresoras piensa que puede sacar dinero de estas fuentes, ciertamente las instituciones de educación superior, las donaciones y las imprentas universitarias no harán accesibles los textos necesarios, y menos aún tomarán la iniciativa para proponer tales temas. Sin embargo, algunas personas estarían tentadas a emprender ese trabajo si se les invitara a ello y se les asegurara el tiempo libre requerido, es decir, si contaran con respaldo financiero.

Resumiendo, podría hacerse mucho en el nivel institucional; también podría lograrse mucho a través de la colaboración internacional, tal como ocasionalmente lo hacen la UNESCO y un pequeño número de revistas muy bien informadas (pero muy frecuentemente presionadas por el compromiso y el equilibrio aritmético internacional). No obstante, hay mucho por hacerse y debe hacerse mucho.

VI

La erudición es necesaria y podríamos lograrla distribuyendo bien el dinero: libros, horas libres, algunos aparatos. Pero la finalidad, para subrayarlo una vez más, es la comprensión; comprensión de nosotros mismos, herederos de maneras de pensar y de vivir que en gran parte desconocemos, lo que nos lleva a ser víctimas de lo que en otro campo se denomina la represión inconsciente.

Ahora bien, la búsqueda del significado oculto de ese pasado nuestro que domina nuestro presente, de ese significado verdadero de lo que llevamos con nosotros sin reflexionar en ello, no es una tarea que asuman los colleges y universidades que se consideran a sí mismos principalmente como instituciones de enseñanza y como transmisores de la erudición humanística. Esto no significa que como tales, estas instituciones sean ornamentos superfluos; menos aun en una civilización que produce ocio masivamente, una civilización en donde las personas tienen que buscar cada vez más, algo que reemplace al trabajo. Naturalmente, es posible dejarle este asunto a aquellos que no se rehusan a obtener una ganancia con ello. El turismo industrial, los conmovedores programas de televisión, las apasionadas y emocionantes novelas y revistas, el alcohol, las drogas, y el sexo organizado y explotado racionalmente, están a nuestra disposición si queremos matar el tiempo y cometer suicidio a plazos. De hecho sólo tenemos que resolver la segunda parte del problema romano de procurarle a las masas panem et circenses: el panis lo hay, al menos para la inmensa mayoría, puesto que aquellos que hoy llamamos pobres hubieran sido considerados por un trabajador (y no sólo por un trabajador) de hace cien o ciento cincuenta años, como protagonistas de una vida escandalosamente lujosa; lo que necesitamos y consumimos cada vez más es el circenses. La pregunta pertinente sería si el entretenimiento que actualmente ofrecemos es lo suficientemente bueno. ¿Proporciona los bienes que necesitamos? Y aquí la duda es permisible. Una de las características de nuestro tiempo parece ser la aparición de la violencia gratuita, no la clase de violencia que todas las épocas han conocido -la violencia de la necesidad- sino la violencia desinteresada, la más radical expresión del aburrimiento más radical.

Es posible que mucha gente respetable considere la consecuencia inmediata como extraña. Es ésta: en tanto que las universidades deben seguir con el trabajo indispensable de instruir y de disciplinar intelectualmente a los jóvenes, no deben tomar las tareas de entretenimiento como su trabajo principal; más bien deben intentar convertirse en lugares donde los adultos -hombres y mujeres- puedan discutir entre sí y con adultos especialistas, lo que ocupa sus mentes; y lo que actualmente las ocupa no tiene la oportunidad de obtener la claridad que resulta del diálogo, en donde el diálogo sería el modo en que el inconsciente y el semiinconsciente salen a la superficie y pueden ser abordados. De tales contactos podría incluso lograrse una ventaja substancial para la comunidad académica, puesto que el vivir más o menos completamente en la sociedad de los muy jóvenes mantiene la mente del profesor en un estado juvenil no siempre deseable. Los profesores estarían tentados a proyectar aquello que muy frecuentemente enseñan mecánicamente. Inversamente, los adultos se beneficiarían de los contactos con los jóvenes, cuya simple ignorancia e ingenua ceguera de lo que es el entendimiento, pueden ser extremadamente instructivas para una mente adulta, siempre en peligro de considerar como evidente lo que de hecho sólo ha adquirido tras un prolongado esfuerzo y grandes penas. Tanto mejor si eso sucede y si el humanista se ve capacitado de este modo para establecer un contacto con los jóvenes, así como una discusión auténtica con los adultos de fuera, con lo cual ganaría una percepción de los deseos y las necesidades de su tiempo; algo muy distinto, pero equivalente al ímpetu que reciben las ciencias de las demandas de la sociedad económica. Necesitamos adultos, y éstos son algo más que seres humanos que

han pasado la pubertad: lo que cuenta es la madurez. Pero sólo las humanidades pueden educar a la gente para que ésta sea adulta, y esta educación será siempre el trabajo de adultos -adultos que saben que tendrán que vivir con problemas que nunca serán resueltos para siempre. Las disquisiciones morales (y moral es una palabra equivalente a humanístico) no son para los muy jóvenes, como dijo Aristóteles, a lo que añadimos, sin embargo, que la juventud y la edad adulta no dependen de una fecha de nacimiento, o, para invocar a otra autoridad, que un joven sagaz es mejor que un viejo tonto.

El problema es producir (o mantenerla ahí donde ya existe) una cultura para todo aquél que sienta la necesidad de algo más que mera distracción; una cultura para las masas, para usar la fórmula fea, pero una cultura que transforme las masas en hombres y mujeres pensantes y responsables. Si empezamos con ellos desde que son jóvenes, desarrollaremos personas y personalidades capaces de descifrar lo que las obsesiona y las empuja hacia la violencia; capaces de sentir sus instintos en lugar de seguirlos; de ver y entender modelos de perfección humana y situaciones típicas de conflicto y tragedia, y de ganar autoconfianza y autorrespeto. La verdadera tarea y la verdadera justificación de las humanidades -y de las universidades- yace en esto.

VII

¿Qué es lo que a este respecto deben hacer las universidades y las grandes fundaciones con que éstas cuentan? Para decirlo ásperamente, ellas son quienes distribuyen el dinero; dinero necesario para lo que el humanista necesita: tiempo libre, libros y (marginamente) una cierta cantidad de instrumentos tales como ayuda secretarial, empleo de computadoras, fondos para la publicación, todos ellos requerimientos mínimos si los comparamos a los requerimientos de un científico. El problema reside pues, en donde siempre hemos dicho que está: coordinación y planeación.

En principio debería ser fácil, y lo es, en tanto que se refiere a un problema de establecer hechos, buscar documentos, editar textos, preparar diccionarios, etc. Pero este tipo de trabajo, puede fácilmente ser, como demasiado bien sabemos, técnicamente competente y totalmente irrelevante. ¿En qué se basan los criterios de relevancia? Nos encontramos otra vez con el problema específico de las humanidades: aquí no podemos planear, como lo hacemos en áreas en las que sabemos al menos cuáles son nuestros puntos problemáticos, y decir qué problema es más urgente o más interesante. La misma dificultad regresa persistentemente; no contamos con el consenso explícito o implícito que prevalece entre los científicos.

Esto se debe a que en las humanidades las preguntas fundamentales se originan en nuestra situación tal como ésta aparece aquí y ahora. Los sorprendentes cambios en cuanto a la preferencia dada en tiempos diferentes a periodos históricos diferentes -a ciertas maneras de sentir y pensar- son prueba suficiente de un hecho básico: siempre estamos tratando de entendernos a nosotros mismos. Proyectamos nuestros problemas en los hombres o situaciones del pasado, y elegimos del pasado de manera que el diálogo con sus actores pueda ayudarnos en nuestra propia dificultad, a través de un contacto que es a la vez diferente y familiar. Ahora bien, aunque todo lo que es pasado es diferente, no todo parece siempre familiar. Virgilio fue por mucho tiempo una estrella que marcaba el rumbo; ahora se ha convertido en un objeto de investigación, pero podría nuevamente convertirse en un modelo para los poetas y suministrar una vez más a las nuevas generaciones tipos humanos de extrema importancia. No hay nada en el pasado del hombre que no pueda ser revivido, pero en cada resurrección todo está cambiado porque los ojos que ven hacia el pasado no son los mismos. En este sentido no hay ni acumulación, ni pérdida; y tampoco hay ni progreso, ni planeación racional. Frecuentemente, para no decir regularmente, lo nuevo en las humanidades llega como una conmoción y un escándalo, un efecto que ningún hecho revolucionario científico ha provocado en la ciencia desde que ésta se volvió “moderna”; incluso la revolución que introdujo esta modernidad no fue un escándalo para el científico de aquellos tiempos, sino sólo para aquellos que preveían consecuencias para la religión y para el lugar que ocupa el hombre en el universo -es decir, para los humanistas. Para los astrónomos y los físicos, Copérnico no era un peligro sino un hombre que indicaba modos y caminos para resolver problemas que habían ocupado sus mentes por mucho tiempo.

En las humanidades cada nueva perspectiva se vuelve una parte de aquello en lo que las humanidades están fundamentalmente interesadas. Un “descubrimiento” no desaparece simplemente en el cuerpo de las

humanidades o se hace parte, sin más, del almacén de conocimiento de éstas, sino que da lugar a nuevos problemas. La historia erudita es perfectamente capaz de determinar si un supuesto hecho sucedió o no, y cuándo sucedió, pero la historia no es una simple recitación de hechos. El historiador no puede evitar distinguir entre lo importante y lo no importante. Sin pensar en ello, está influido por ciertos valores, ciertas líneas de conducta y una cierta interpretación global, y diferentes historiadores seguirán líneas distintas. Así pues, no es ningún accidente que la historia de la historia se haya vuelto una empresa muy respetable que, a su debido tiempo, nos llevará a la historia de la historia de la historiografía. En todo caso, la historia de la historia y la historia de la filosofía son materias legítimas para los filósofos. La filosofía sistemática deberá determinar si la reflexión sobre la reflexión es infinita; afortunadamente no estamos obligados a atacar ese problema aquí. Pero la reflexión sobre lo que no ha sido examinado y la reflexión sobre la reflexión existen, y el hecho es, en sí mismo, de la mayor importancia para la manera en que la enseñanza y la investigación serán financiadas o dirigidas. Aquí, como siempre, quien le paga al músico pide la canción, especialmente cuando el erudito tradicional, el caballero de medios independientes (y medios suficientes para las necesidades técnicas del presente) ha desaparecido. Este problema de dirección no es fácil, especialmente cuando todo lo nuevo aparece como ingenuo y no examinado, y cuando lo que en una primera reflexión se revela como ingenuo y no examinado puede todavía, en un segundo nivel de reflexión, ganar nueva vida y nueva importancia. El número de “regresos a...”, regresos a Platón, a Kant, a Marx, a Clausewitz, a Burckhardt, prueban ampliamente esta observación. Es siempre el presente lo que estamos interpretando, pero lo interpretamos no mirando en el pasado sino en lo que elegimos como nuestro pasado, lo cual hacemos con la ayuda de aquellos que nos han precedido; de aquellos a quienes elegimos como nuestros predecesores de entre las inagotables riquezas humanas que están a nuestra disposición. Todo se arranca si simplemente es transmitido y todo revive si lo tomamos con el sentimiento de *tua res agitur*. Al principio no sabemos qué es lo que nos interesa; eso es precisamente lo que queremos averiguar en el incesante diálogo reflectivo que llevan a cabo las humanidades. La dificultad principal yace aquí, aunque en último término el problema tiene que ver con nuevos acercamientos y no simplemente con la resolución de viejos enigmas o con la eliminación de dificultades más o menos bien conocidas.

VIII

¿Qué es lo que en último término pueden hacer las fundaciones, las universidades y los ministerios de educación pública? Mucho. Pueden -o deberíamos decir podrían- ayudar a preparar herramientas para el humanista, un área en donde la planeación es posible y deseable. Una buena coordinación, por ejemplo, en la elección de materias para disertaciones doctorales, prevendría esfuerzos inútiles al eliminar temas que sólo tienen la ventaja de ser fácilmente manejados bajo condiciones locales o personales o de una bibliografía no muy rica; también podrían evitarse las ediciones múltiples de textos y estimular en cambio el trabajo en fuentes previamente no editadas. La investigación podría ser dirigida si se indica en dónde llenaría lagunas el trabajo especializado, lagunas que bajo una seria supervisión podrían llenar perfectamente los principiantes. Las instituciones harían mucho -y el punto es particularmente importante- si estimularan la investigación interdepartamental y, para empezar, la instrucción y la educación interdepartamentales. Tales instituciones podrían pensar seriamente sobre la parte que pueden y por tanto, deberían desempeñar en y para la sociedad como un todo, no sólo -ni siquiera principalmente- dedicarse a ver lo que se puede hacer para que abogados, maestros y doctores alcancen los nuevos estándares, sino admitiendo y animando e invitando a la gente que busca una existencia humana, a que se pongan en contacto entre sí y con nuestra tradición cultural, tradición cuya presencia sigue estando escondida para muchos de ellos. Naturalmente, la gente sólo vendrá si es que no ha llegado ya a odiar a las humanidades debido al estúpido abigarramiento que las caracteriza.

Se requiere dinero si es que la investigación ha de continuar y avanzar, no montones de dinero, en comparación a lo que debe gastarse en otras actividades, pero dinero sin embargo. Por desgracia el dinero no es suficiente y se requiere algo más: una especie de audacia que intervenga también en la investigación científica, pero en un grado menor (aunque el riesgo financiero es incomparablemente mayor). Como dijimos más arriba, en la ciencia existe un consenso actual o potencial sobre lo que es necesario y sobre el lugar donde yacen abiertamente los problemas; pero la situación es profundamente diferente en las humanidades. Antes de

Einstein, los físicos sabían que algo andaba mal con el espacio newtoniano, pero eran incapaces de decir cuál era el problema y cómo podía éste ser eliminado. Por otra parte, nadie hubiera podido predecir lo que iba a resultar de la investigación que tenía que ver con el inconsciente, antes que Freud empezara a asumir tal investigación y de este modo a abrir perspectivas que nadie hubiera soñado -y de resultados que muchos consideran deplorables y que otros aprecian como altamente valiosos. En cualquier caso, el trabajo de Freud constituye un evento decisivo en nuestra vida histórica, política y moral. Después de Freud ya no somos quienes éramos. Podríamos dar una larga lista de ejemplos similares: la visión de la historia de Marx, la pintura abstracta, la poesía moderna, o las nuevas filosofías -ninguna de las cuales pudiera haber sido predicha o exigida. Esto no quiere decir que tales fenómenos no puedan ser entendidos históricamente; claro que pueden serlo, pero sólo hasta que han aparecido. La originalidad en las humanidades no tiene el mismo significado que tiene en las ciencias, simplemente porque el trabajo original en las humanidades no sólo cambia la dirección de la investigación sino que nos cambia a nosotros. El fundamento básico, la grandeza y la dificultad de las humanidades aparecen cuando surge la naturaleza de éstas: como un estudio humano, humanitario y humanizante. Tal naturaleza le crea severas dificultades a aquellos que tienen que tomar las decisiones en el nivel organizativo: nadie puede decir de antemano si una nueva idea cambiará el mundo o si será juzgada como la obsesión de un lunático. Hay una gran inclinación a considerar lo que es nuevo con desconfianza, pues nadie quiere que su actitud fundamental sea cuestionada, ya sea que se trate de su vida personal o de su trabajo profesional. Las nuevas perspectivas pueden y harán obsoletas y faltas de interés las concepciones y la investigación de un hombre. (Sin embargo, esto es temporal, puesto que en las humanidades nada se pierde definitivamente.) Podría decirse que los problemas del presente, nuestro presente común, están ahí para guiarnos al demostrarnos qué es lo que está mal; pero eso sólo es cierto cuando los problemas son definidos como nuestros sentimientos de descontento, y el problema es precisamente transformar estos sentimientos en pensamientos.

Hay mucho, muchísimo por hacer. Nuestras perspectivas actuales son las únicas que están a la mano: no podemos simplemente sentarnos a esperar que suceda algo nuevo y original. No vivimos y actuamos mañana, sino hoy; debemos perseguir, organizar y financiar aquello que parece ser nuestra tarea en este momento, aquello que parece obtenible aquí y ahora para la clase de personas que actualmente somos. Pero debemos estar abiertos -las instituciones deben estar abiertas- para recibir aquello a lo que no estamos acostumbrados, lo cual, como regla, nos sacudirá fuertemente. Tenemos que tomar riesgos, y las instituciones tienen que desempeñar la parte jugada hace mucho tiempo por los mecenas, sin cuya intervención nunca hubiéramos conocido a Virgilio y a Horacio, mecenas que probablemente, antes de encontrar a Virgilio y Horacio, habrán gastado grandes sumas de dinero en personas de quienes nunca hemos oído porque no merecieron trascender.